

Etapa 14. Alvite - Cujó

10 de abril de 2025

Mi amigo Carlos vive en Motril y sabe casi tanto de este camino al mar como yo. Se informa por dónde ando, se documenta al respecto y dibuja el itinerario que ya he recorrido. Y hasta esta etapa no he podido disfrutar de su entusiasmo caminando al lado. Bajando hacia el Varosa iba diciendo en voz alta las mariposas que se encontraba entre las flores rosas y amarillas. Se ha apuntado a no sé qué programa de reconocer mariposas donde vive, pero en los doscientos metros que le han asignado todavía no ha encontrado ninguna. El que repite etapa es Eloy, uno de los que disfrutó en la furgoneta del señor búlgaro que nos llevó de Almendra a Figueira de Castelo Rodrigo en la etapa ocho.

Salimos de Alvite, un pueblo de unos mil habitantes con bastante actividad, eran las primeras horas de la mañana, de 930 metros de altitud. Nuestro camino se movía entre altos a 900 más o menos, muchos de ellos coronados por aerogeneradores de energía eólica. Podíamos decir que el objetivo del día era encontrar el afluente del Duero que le tocaba a esta etapa, el Varosa. De propina, antes de llegar a Cujó conoceríamos el otro río del día, *o rio Calvo*.

Los ríos suelen venir de lejos e irse también lejos en busca del mar u otro río y pasan por las tierras que riegan sin pertenecer a ninguna. No quiere decir eso que no creen intensos lazos o relaciones con los rincones donde establecen su cauce, pero es verdad que de pocos se puede decir que son de casa. Sin embargo, tanto el Varosa como el Calvo son ríos de la zona, prácticamente de la familia, ríos que has visto crecer desde pequeños. Al contrario de las mariposas del valle del Varosa, una alegría para Carlos, sí, pero que no son de donde tienen que ser para que él las pueda consignar en su registro diario de mariposas.

El Varosa nace a apenas 15 kilómetros de Alvite, en Várzea da Serra, baja a Almofala, genera la franja de cultivos más amplia de por allí, entre tanto peñasco de granito, y aprovecha sus escasos 45 kilómetros para virar al norte, llegarse hasta el Duero y entregar sus aguas, muy limpias donde las cruzamos, enfrente de la estación de tren de Peso da Regua.

Tras atravesar Espinheiro tomamos el solitario sendero que en dos kilómetros nos bajó hasta los 650 metros de altitud de nuestro río. Por esos caminos tiene sentido este viaje por Portugal, o por cualquier sitio. Rutas que apenas pisamos los excursionistas, sendas donde se asoman las escobas y los brezos entre el granito, huellas de tiempos de paso y pastoreo, recuerdo, como las casas de granito que se van cayendo en las aldeas que atravesamos, del tiempo que existió. Aprenderemos a disfrutar las casas que los emigrantes hacen en su pueblo natal y no se nos olvidarán estos valles abandonados, desnudos y bellísimos, como aquel del Massueime, cuando salimos de Cidadelhe.

En castellano *almofalla* es el lugar donde temporalmente se establecía una hueste, y en árabe *al mahalla* señala un *acampamento*. Subimos por Almofala, dejamos atrás la zona fértil del *planalto*, expresión portuguesa que define una superficie elevada relativamente plana, y llegamos a otros molinos que marcaban el fin del

valle del Varosa. La bajada ya era el valle del río Calvo, tributario del río Mau que, a su vez, buscará la confluencia con el río Paiva, nuestro próximo afluente del Duero.

Como el interior de Portugal es una sucesión de altos y valles y a cada pueblo viene a corresponderle un alto desde donde disfrutar de un mirador muchos ayuntamientos han colocado un *baloico*, un columpio, allí arriba y tienen a propios y ajenos entretenidos yendo, volviendo y balanceándose. Nosotros llegamos hasta el baloico de Cujó desde la *capela do Senhor da Livração*, una explanada para romerías y meriendas con una escultura de la Virgen y el Niño esquemática, conceptual, estupenda: un prisma de granito del que solo han tallado la cabeza de la madre con una melena tapizada por el musgo y una sonrisa. Sobre su hombro izquierdo han esculpido la minúscula cabeza de Jesús y ambos miran al frente alegando que la historia no los separa pero que cada uno tiene su propia vida.

La bajada hasta Cujó, un kilómetro, es por un bonito camino empedrado, escoltado por tapias de granito con musgo, como la Virgen. Atravesamos el puente sobre el río Calvo, con bastante agua gracias a esta primavera lluviosa. Todas las casas del pueblo miran al nacimiento del día, unas encima de otras para no quitarse el sol ni la vista del columpio. Fuimos a tomar una cerveza al café *Cruzeiro* y los seis o siete parroquianos y parroquianas estaban sentados como sus casas, ninguno mirándose entre sí y todos mirando, curiosamente también al este, a la tele.